

FRAGMENTOS DEL DISCURSO DE DIEGO BARROS ARANA CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD EN 1893

... "El 17 de septiembre de 1843 se celebraba en esta ciudad de Santiago una aparatosa fiesta. En el salón de la antigua Universidad de San Felipe, destinado entonces a la sala de sesiones de la Cámara de Diputados, se había reunido una numerosa concurrencia. En el estrado que se levantaba al frente y a los costados del salón, ocupaban sus asientos casi todos los hombres que, en esos días de tranquilidad y de bienestar públicos, mostraban interés por el progreso intelectual de nuestro país. El acto era presidido por el Jefe del Estado, el general don Manuel Bulnes, que al prestigio del mando unía el de la gloria alcanzada en una reciente guerra exterior. Cerca de él se hallaban los altos dignatarios del Estado y los representantes del poder Legislativo y del Poder Judicial. Los bancos laterales estaban ocupados por los individuos de la nueva Universidad que se trataba de instalar. Aquella asamblea reunía todas las condiciones más apropiadas para darle autoridad y respeto.

"Entre los recuerdos más fijos y más gratos de mi niñez, conservo el de esa significativa ceremonia. Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigurosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciamos un acto que por su solemnidad, debía impresionarnos vivamente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar.

"Cuando se hubo leído la lista de los miembros de la nueva corporación (¡ah! todos han desaparecido), y cuando aquéllos, poniéndose de pie y levantando la mano derecha, hubieron prestado el juramento tradicional, se adelantó hasta la mesa presidencial un anciano de talla regular, de facciones finas y correctas, de aire modesto y distinguido. Vestía el traje oficial de la Universidad, casaca verde y pantalón blanco, y llevaba al cinto un espadín, como lo llevaban entonces en las grandes ceremonias, muchos de los más pacíficos funcionarios de la administración pública. Tomando en sus manos un rollo de papeles, aquel anciano dio lectura con voz suave e insinuante, y en medio de respetuoso silencio, a una disertación sobre los beneficios que procura el cultivo de las ciencias y de las letras. La ceremonia se dio por terminada con la declaración solemne de que la Universidad de Chile quedaba instalada. Casi no necesito decirlo que ese anciano era don Andrés Bello, el sabio más eminente que hasta hoy ha producido la América antes española. El discurso que leyó ese día era el pro-

grama elegante y razonado de los trabajos que debía realizar el cuerpo universitario, cuya dirección se le había confiado. Después de cincuenta años, puede todavía leerse ese discurso con vivo interés, y sacarse de él provechosos consejos para el estudio perseverante en los diversos ramos del saber humano, y para la formación del gusto en literatura y en poesía.

"Fueron sin duda una fortuna para la Universidad de Chile el contar a don Andrés Bello como su primer rector, y el tenerlo a su cabeza durante los primeros veintidós años de labor. El prestigio de su nombre, su talento probado en numerosos escritos, y la extensión tan variada como profunda de sus conocimientos, dieron a la nueva institución autoridad y crédito dentro y fuera de Chile así como la suavidad de su carácter y la incansable actividad de su espíritu, allanaron felizmente muchas de las dificultades y tropiezos que la Universidad debía hallar en su camino. Su obra fue de iniciación; pero ella debía abrir el camino a un progreso más firme y sostenido. "La fundación de la Universidad había hecho nacer en muchos espíritus las más halagüeñas esperanzas. Entonces, como en 1813 y en 1819, cuando se creó y cuando se restableció el Instituto Nacional, se pensaba que la nueva institución iba a cambiar en pocos años el estado intelectual del país, a propagar rápidamente la enseñanza sólida en todo el territorio y a difundir la ciencia hasta colocarnos antes de mucho a la altura de los países más adelantados. Los que eso creían, debieron sufrir poco más tarde una dolorosa decepción. Nuestro progreso debía forzosamente ser lento, a pesar del celo desplegado por el poder público para acelerarlo.

"La observación científica que ha comprobado que en la evolución del mundo material no pueden operarse cambios radicales instantáneos, ha demostrado también que el progreso social, obra de los más variados factores, no puede desenvolverse sino en relación con ellos; y que la acción humana, por vigorosa que sea, es impotente para efectuar transformaciones absolutas en la situación moral e intelectual de un pueblo. La influencia de la voluntad del hombre se ejerce en proporciones mucho más limitadas que aquellas a que aspira nuestro anhelo. La intervención de la Universidad, aun suponiéndola dirigida con el mayor discernimiento y con la más resuelta energía, era insuficiente para remover en Chile todos los obstáculos creados por el estado social del país, por preocupaciones inveteradas, y por la falta de verdadero estudio y

del estímulo público, que sólo habían de desarrollarse paulatinamente. Los que más tarde han acusado a esta corporación de no haber operado el prodigio de transformar en breve tiempo nuestra manera de ser en el orden literario y científico, parecen desconocer el punto de partida de ese esfuerzo, la acción combinada de causas múltiples que rigen esa clase de hechos, y, por fin, la ineficacia relativa de los medios que suelen emplearse para apresurar el progreso, cuando ellos no encuentran la conveniente cooperación del medio social en que se vive.

"En el dominio de las letras y de las ciencias, y en el campo de la enseñanza pública, ella se ha hecho sentir con progresos claros y ostensibles. Si todos sus esfuerzos no han sido felizmente encaminados, si halló en las causas insinuadas obstáculos que no le era dado vencer de frente, su obra no ha sido en manera alguna infecunda. A ella somos en buena parte deudores de los adelantos alcanzados en aquella esfera de la actividad social.

"La Universidad, en el seno de su consejo y en el seno de sus facultades, ha sido el centro en que se han discutido variadas cuestiones literarias o científicas que han preocupado los espíritus y que han ejercido saludable influencia en el desenvolvimiento intelectual. No importa que esas cuestiones, aunque debatidas en ocasiones con mucho talento, no hayan llegado a resultados prácticos inmediatos. La discusión y el roce de opiniones diversas, han excitado al estudio en este país en que el estudio tenía tan escasos estímulos...

"Todo esto no era más que una parte del programa de trabajos de la Universidad. La ley que la creó, y más directa y concretamente, la ley que en 1879 modificó esta institución, le confiaron la dirección y la inspección de la enseñanza pública.

"Si nuestra actual enseñanza no satisface todavía las nobles aspiraciones de los hombres patriotas e ilustrados que, con seriedad y elevación de propósitos, se interesan por el desarrollo literario y científico en nuestro país, los beneficios alcanzados hasta ahora nos prueban que la labor ejecutada no ha sido estéril, y que debemos tener fe absoluta en el futuro progreso.

"La generación actual no puede formarse idea cabal del cambio operado en nuestra instrucción pública en los últimos cincuenta años. Podrían sobre esto agruparse datos fijos, numéricos y estadísticos, por decirlo así, y ellos no darían más que una idea incompleta. A la época de la creación de la Universidad nuestros cursos de estudios legales eran regentados sólo por tres profesores, y no alcanzaban a contar cien alumnos. Las matemáticas eran enseñadas por tres profesores, y el total de sus alumnos, desde el tercer año para adelante, no alcanzaba a doce. Los cursos

de medicina tenían igualmente tres profesores, y sólo cinco estudiantes. Toda la escuela de medicina funcionaba en un solo cuarto, situado a pocos pasos del depósito de cadáveres del hospital de San Juan de Dios. Todos esos cursos se abrían cada dos años.

"¿Sabéis lo que eran los cursos de humanidades hasta 1842? Se enseñaba en ellos casi exclusivamente el latín y los principios tradicionales de filosofía; porque, si bien existían una clase de geografía descriptiva, otra de gramática castellana y otra de francés y de inglés, éstas eran libres, y por tanto, concurridas por reducido número de alumnos... La Universidad acometió la reforma de aquel estado de cosas con firmeza y con perseverancia. Apoyada más o menos eficazmente por todos los gobiernos que desde entonces se han sucedido, ha podido realizar la transformación que hoy presenciarnos. Para ello ha renovado y ensanchado gradualmente todos los planes de estudios, ha creado nuevas clases, ha traído un mayor número de profesores del extranjero, ha enviado a los grandes centros científicos del viejo mundo a algunos de sus alumnos más distinguidos, para que, ensanchando allí sus conocimientos, volvieran a Chile a servir en la enseñanza... Si la Universidad, cuando recuerda estos antecedentes, tiene motivos de mostrarse satisfecha de su obra, está muy lejos de creer que debe detenerse aquí. Hemos entrado, es cierto, en una era de verdadero progreso, que nada podrá detener en adelante; pero nuestra obra está apenas iniciada, y falta mucho todavía para que la instrucción pública sea en Chile lo que debe ser, y corresponda a las necesidades intelectuales de la época en que vivimos... Si el ilustre sabio que en su carácter de rector de esta corporación le trazaba en 1843 el programa de los trabajos que ella debía acometer, volviera hoy a la vida para iluminarnos de nuevo con la luz de su espíritu, tendría que modificar y que ampliar considerablemente aquel programa. La ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación, puede decirse así, radical y completa. Al paso que todas las ciencias de observación y de experimentación han ensanchado su campo, y reforzado sus leyes fundamentales con numerosos descubrimientos y con horizontes nuevos, han nacido otras, o se han formulado nuevos principios generales, aplicables a todas, la psicología fisiológica, la sociología, la filosofía positiva, la bacteriología, la química atómica, ciencias o métodos científicos, han venido a comunicar un impulso vigoroso al espíritu humano, junto con el análisis espectral, con la doctrina de la unidad de las fuerzas físicas y con la teoría de la evolución que, deducida primero del estudio de los organismos naturales, ha pasado a explicar los fenómenos sociales, y a producir una revolución en las políticas y jurídicas, en la inteligencia de los

acontecimientos pasados y en la concepción verdadera de la historia de la humanidad. Esta renovación científica ha llegado, en muchos puntos, a conclusiones que son hoy verdades evidentes e indiscutibles y ha llegado, en otros, a principios cuya comprobación y desarrollo buscan millares de sabios, que seguirán abriendo nuevos horizontes... Si no se puede exigir que un pueblo relativamente nuevo, más nuevo todavía en la labor científica, y cuya sociabilidad nació

bajo un régimen que, según la feliz expresión de don Andrés Bello, estaba en guerra permanente contra la civilización; si no se puede exigir, repito, que ese pueblo tome desde luego una participación inicial en este movimiento, estamos al menos en el deber de estudiarlo y de seguirlo para aprovechar los beneficios que de él se desprenden, para levantar nuestro nivel intelectual y moral, y para llegar cuanto antes a tomar un puesto de honor entre las naciones cultas"...